

Un mosaico de culturas

por Pablo Ney Ferreira (*)

El panorama que surge de la desintegración de la ex URSS es sin duda preocupante, existen numerosas interrogantes acerca del futuro de esta convulsionada zona del mundo. La matriz rectora de este verdadero mosaico cultural es precisamente la diversidad, la diversidad de todo tipo, cultural, étnica, religiosa, económica e incluso del proyecto político a aplicar en una aún incierta delimitación física de la soberanía.

El Estado ruso o soviético ha formado uno de los imperios más complejos y heterogéneos del mundo, su diversidad intrínseca ha sido ocultada por un estado omnicompreensivo, una ideología totalizante y un inmenso poderío militar todo lo que contribuía a una cohesión artificial y antinatural.

La diversidad estaba reconocida de modo constitucional en una federación de quince repúblicas nominalmente independientes, expresión de otro tanto número de grupos nacionales principales, pero dentro de estos grupos existían muchos subgrupos étnicos que a menudo estaban expresados en administraciones propias pero de un nivel inferior en importancia. Oficialmente en la URSS existían cincuenta y tres unidades político-administrativas definidas de un modo étnico. Si calculamos que existen unos cien grupos étnicos diferentes en la ex URSS debemos deducir que la mitad de estos grupos carecían de una básica autonomía mínimamente relativa.

Muchos de esos grupos eran pequeños sólo conocidos fuera de su área específica por los especialistas en lingüística como por ejemplo los udmurtos, osetios, buriatos, karakalpakos, ingusetios, lakos, etcétera. Otros pueblos como los bielorrusos, los uzbekos y los kazajos poseían poblaciones considerables; Ucrania poseía más de cincuenta millones de habitantes (más que países como Polonia o España).

Todos ellos a su vez contenían minorías étnicas, incluyendo a Rusia con sus núcleos de tártaros, bashkios y otras treinta nacionalidades. Como ha dicho Edwar Keenan (experto en temas soviéticos) "sólo unas pocas de las quince repúblicas soviéticas eran casi tan homogéneas como Irlanda del Norte o Yugoslavia.

Casi cuatrocientos años de expansión rusa, también pueden explicar las tensiones entre el centralismo ruso a partir del núcleo moscovita y la periferia constituida por tierras que forman un "vasto arco desde las costas del Mar Báltico en el noroeste (Estonia, Letonia y Lituania); hacia el sur a lo largo de la frontera occidental (Bielorrusia, Ucrania y Moldavia); hacia el este a través del Cáucaso (Armenia, Georgia y Azerbaijani); hasta Asia central (las tierras pobladas por turcomanos, uzbekos, tayikos y kirguisos) y la estepa kazaja; y por último, a través de Asia hasta el océano Pacífico (tierra de los buriatos, tuvas, altaicos, jakasios, y otros pueblos". (Paul Kennedy, 1993).

Todo este coctel de intereses y culturas diversas coexistían bajo un manto ideológico totalitario y homeostático que no permitía y reprimía toda divulgación acerca de conflictos internos.

Hace dos siglos, Immanuel Kant observó que la Naturaleza empleaba dos medios para separar a los pueblos: "dife-

rencias de lengua y de religión", ambas tendientes a producir "odio mutuo y pretextos para la guerra". Pero Kant confiaba en el progreso de la civilización para lograr un acuerdo pacífico entre todos; puede ser, pero por ahora no parece ser así. El socialismo científico y su inmensa carga ideológica y propagandística en unos setenta años no parece haber minado seriamente estos sentimientos "primitivos" o "primigenios" que caracterizan a las divisiones culturales (en un sentido amplio) de la diversidad

humana.

Pero, estas divisiones ¿qué papel pueden desempeñar en los procesos democratizadores de estas sociedades?

Es claro que un sistema poliárquico competitivo implica la existencia de un sistema político más o menos estable, también es claro que cualquier sistema peligra cuando se polariza en diversos grupos declaradamente antagónicos e intransigentes.

Hay conflictos —según el profesor

Dahl— que un sistema político competitivo no puede solucionar con facilidad, y aún es posible afirmar que es incapaz de resolver. En un régimen competitivo, las diferencias que lleven a un sector numeroso a creer que sus valores fundamentales peligran bajo amenaza de otros sectores de la población, originan una crisis dentro del sistema. Ahora, el rompimiento del sistema soviético todavía no ha posibilitado el surgimiento de sistemas políticos estables ni divisiones físicas definitivas donde instalarlos, los reclamos de nuevos sectores por su independencia y autonomía política son todavía muy frecuentes y la violencia es utilizada todavía con asiduidad invocando una finalidad política.

Si seguimos por ejemplo la opinión de John Stuart Mill, afirmaríamos que los límites posibles de un estado para que sea posible el gobierno representativo deben coincidir con los de la nacionalidad; si por otro lado observamos los gobiernos democráticos representativos en sociedades con pluralidad considerable tanto étnica como religiosa vemos que las cosas no parecen ser muy sencillas.

Existen algunas condiciones que pueden hacer funcionar una poliarquía multicultural de una forma más estable: A) si no se le niega a ninguna subcultura étnica indefinidamente, la oportunidad de participar en el gobierno, las chances de que los conflictos se reduzcan son mayores. B) un conjunto de compromisos o acuerdos que proporcionen un alto grado de seguridad a las diversas subculturas, puede también reducir los potenciales conflictos. C) la creencia por parte del pueblo que el régimen poliárquico satisface con mayor efectividad sus reclamos, pues si año tras año el gobierno es incapaz de responder a los problemas, es probable que las subculturas radicalicen sus posiciones buscando su propio gobierno.

Hoy, la escasa disponibilidad al diálogo que presenta el gobierno con los separatistas, la apelación a la violencia como recurso político para evitar la fragmentación natural de quien no se siente parte de un todo, la utilización de la violencia por parte de los divergentes, la crisis económica producto del cambio de sistema económico (un irónico dicho ruso nos dice que resulta fácil convertir el pescado en guiso, pero todavía nadie pudo decir cómo se hace para convertir un guiso en pescado, en alusión al cambio de un sistema de economía socialista a uno capitalista) no parecen ser un buen augurio para esta lejana y vasta zona del mundo.

Por último debemos pensar que el precio de la democracia puede ser el desmembramiento de la unidad política, y el precio de la unidad territorial puede resultar la instauración de un régimen hegemónico y despótico.

(*) Pablo Ney Ferreira es columnista de LA REPUBLICA en temas de ciencia política

Ilustración: G. Serrano

